

## SE INSINÚA EL CAMBIO DE RUMBO

*Die Wende zeichnet sich ab*, Stimmen der Zeit 213 (1995) 291-294.

El Catecismo Universal, la Encíclica *Veritatis splendor*, el rechazo "definitivo" de la ordenación de la mujer, el claro "sin excepción" respecto al acceso a la comunión de los divorciados vueltos a casar que no renuncien totalmente al uso del matrimonio han causado en unos consternación y un desánimo paralizante y, en otros, indignación. Mi reacción fue la de un profundo sentimiento de compasión hacia aquéllos que, gracias a esos escritos, han quedado sumidos en una grave crisis y también hacia aquellos hombres del Vaticano que han de asumir la responsabilidad de esos documentos.

Por supuesto que no todo está mal ahí. Incluso en el Catecismo hay mucho, sobre todo en la última parte sobre la plegaria, que me ha causado buena impresión.

En el actual intento de restauración no veo una renuncia al Vaticano II en su conjunto. Pero sí que me atormenta la cerrazón, una "hermenéutica del miedo y la desconfianza", el celo, que se me antoja desmedido, por poner fronteras por todas partes y por definirlo todo a base de normas negativas, con lo cual, a mi entender, queda corto el respeto ante el misterio inexpresable de Dios.

Me guardaré mucho de ofrecer tranquilizantes baratos. Esto va contra el auténtico amor a la Iglesia y a su misión. Pero me atrevo a afirmar: sopla un aire fresco como de primavera y yo lo experimento. ¿Es posible?

A diferencia del preconcilio, existe hoy en la Iglesia opinión pública. Uno se inclina a pensar que Pío XII habló proféticamente cuando subrayó que la Iglesia necesita de la opinión pública. Pese a todos los intentos de restauración, aquí no hay marcha atrás: no se puede prohibir todo disenso.

Una observación más. Desde muchos puntos de vista, el actual Papa goza de prestigio por su visión y empeño a favor de la paz y la justicia. Pero el mito del Papa del último siglo ha muerto para siempre. Ya no se cree en el Papa simplemente porque habla apelando al Espíritu Santo. Espero que, en adelante, su palabra sea tomada en serio, en el sentido de que uno examine cuidadosamente si responde al espíritu del Evangelio y si los argumentos filosóficos y de derecho natural, en que se basa, son sólidos. Se le escuchará si queda claro que él presta atención a las voces de los obispos que actúan con libertad de espíritu y tiene en consideración el sentido de la fe de todo el pueblo de Dios.

Vivimos en la era de los medios de comunicación y de la conciencia de la igualdad ante Dios. En los siglos anteriores, a un corto número de obispos y sacerdotes formados correspondía todo un pueblo, en gran parte, "inculto", incluso por culpa del clero. Hoy existen millones de mujeres y varones, los cuales, en formación teológica, no andan a la zaga respecto a los pocos varones del Vaticano (allí las mujeres no tienen nada que decir), y en cambio les superan en conocimiento a fondo de las ciencias humanas.

No es necesario ser profeta para prever que las generaciones futuras de Papas y Obispos serán muy conscientes de todo ello y, naturalmente, sacarán las consecuencias.

Consiguientemente, en el Vaticano serán mucho más prudentes en la formulación de las doctrinas que no parecen reveladas y mucho más en la imposición de pesadas cargas y de exigencias éticas.

Todo esto contribuirá a que todos nosotros, incluido el Papa, en adelante nos pongamos radicalmente bajo la Palabra de Dios. De ahí se seguirá que nos guardemos muy mucho de utilizar la Sagrada Escritura como prueba de nuestras propias concepciones u opiniones. Y así es bien probable que estemos más dispuestos a corregir nuestras "doctrinas" o concepciones propias o transmitidas, mediante una búsqueda solidaria, y sobre todo a observar mejor los signos de los tiempos. De esta forma, el respeto ante el carácter de misterio de la fe y su fuerza liberadora sólo pueden salir ganando.

El eco que ha encontrado en todo el mundo la prohibición, sin excepción alguna, de la comunión para los divorciados vueltos a casar, en caso de que no renuncien a sus derechos matrimoniales, es único y nos ha de enseñar mucho. La dirección suprema de la Iglesia aprenderá de ahí, sobre todo cuando estén en juego cuestiones neurálgicas. El centralismo cederá, peldaño a peldaño, a favor de la auténtica corresponsabilidad colegial.

El fracaso manifiesto de obispos, impuestos, sin más, por Roma a las diócesis y la tenaz oposición por parte de los fieles contra la forma autoritaria de "gobernar" ejercerá probablemente, a la larga, un benéfico influjo en toda la Iglesia, especialmente en los nombramientos de obispos. ¿Es que el gobierno central de la Iglesia debe mantener el monopolio en el nombramiento de obispos? ¿Podría uno imaginar que la ONU ocupase todas las vacantes de ministros de todo el mundo? La sonora protesta cuando el Vaticano, sin fundamento, excluye de las cátedras universitarias a mujeres bien formadas y fieles a la Iglesia no dejará de tener consecuencias duraderas y no sólo en favor de las mujeres.

En esta situación no sueño en el advenimiento de un Juan XXIV. Pienso que ni siquiera los miembros más conservadores del colegio cardenalicio han sido abandonados por Dios. También ellos aman a la Iglesia y escuchan por todos lados: " ¡Esto no puede seguir así! ".

Es bien seguro que en un futuro el gobierno supremo de la Iglesia estará conectado con una amplia red de solidaridad. Estará más presente en la memoria la sentencia *Vox populi, vox Dei* (la voz del pueblo es voz de Dios). Ya no hablaremos del "vulgo", sino que, con el Vaticano II, pensaremos en el "pueblo de Dios en marcha". Nunca como hoy la Iglesia había sido tan rica en mujeres y hombres altamente cualificados, que no son "legos" en las cuestiones de la fe. Inagotables tesoros de sabiduría de todas las culturas y de todos los rincones del mundo pueden redundar en bien de toda la Iglesia, si por encima de todo sabemos juntar la escucha de la Palabra de Dios con la disposición a escucharnos los unos a los otros.

El giro inaudito en la historia actual de la Iglesia y de la humanidad hemos de verlo e intentar interpretarlo a la luz del giro por antonomasia realizado mediante la venida del "siervo de Dios", del "Hijo del hombre", sin asomo de violencia. El es nuestro programa. Él representa para todos nosotros, especialmente en este momento crítico de la historia, un reto inaudito. La cuestión ya no es quién detenta el poder, sino quién sirve mejor.

Con muchos otros pienso que los tres obispos de la Provincia eclesiástica del Rin superior nos han prestado un gran servicio con su valentía y su actitud digna, con ocasión del escrito de la Congregación de la doctrina de la fe sobre la cuestión pastoral de los divorciados, que a ellos y a nosotros nos hirió profundamente.

Sólo el futuro nos dirá cuán importante ha sido. En la búsqueda de más luz, todos nosotros aprenderemos mucho no sólo en ésta, sino en otras cuestiones importantes para la vida.

Esto exige de nosotros, entre otras cosas, el que incluso con las autoridades de la Iglesia que no merecen nuestro aprecio, "amontonemos ascuas sobre su cabeza" (Rm 12,20-21; Pv 25,22). Esto significa no dejarse vencer por el mal, sino vencer el mal con el bien,

Con ello me refiero especialmente a la reivindicación del derecho fundamental de todos los cristianos a participar regularmente en la celebración de la Eucaristía. En lo profundo de mi corazón no existe ninguna duda de que la dirección de nuestra Iglesia lo restablecerá pronto. Hay en todas partes suficientes hombres (hoy por hoy no cabe hablar de mujeres) que estarían preparados y dispuestos a presidir la Eucaristía. Desde sus orígenes la primitiva comunidad instituyó por todas partes grupos de presbíteros que asumían fielmente esa tarea. Para el momento actual, es significativo un artículo de un obispo norteamericano, publicado en la revista *America*, el cual advierte a los fieles de que tienen no sólo el derecho sino también el deber inalienable de reclamar la celebración regular de la Eucaristía.

De una manera análoga enfoco también la cuestión de la comunión de los que se han vuelto a casar, cumplen los deberes de su segundo matrimonio y se esfuerzan sinceramente por agradar a Dios. Según todo lo que sabemos por el Evangelio, se presupone su derecho a la comunión en tanto en cuanto no se pruebe convincentemente que se han hecho indignos de ese derecho. La reivindicación universal y pacífica de ese derecho, según el ejemplo de los tres mencionados obispos, es para mí un signo manifiesto de un cambio de rumbo definitivo, enteramente en línea con el Vaticano II.

Esto significa que de ninguna manera podemos contentarnos con sueños utópicos. Visiones de futuro sin un programa de acción son un bluf. Dar pábulo al pesimismo es el peor de los venenos. La mirada llena de esperanza en el futuro y el "aprovechamiento" pertinaz de las posibilidades actuales forma un conjunto inseparable que cumple la consigna del Apóstol: "Sacad todo el partido posible, para la salvación, de la actual coyuntura, pues, de no ser así, los tiempos son aciagos" (Ef 5, 16). En una palabra: se trata de creer en el porvenir de la Iglesia. Todos nosotros podemos dar pasos de gigante para aproximarnos cada vez más al ideal de Iglesia que Cristo nos propuso.

Esto significa también, entre otras cosas, que nos hemos de animar unos a otros en todos los ámbitos de la vida. Debemos y queremos, en todo momento, hacernos un voto de confianza unos a otros, también a nuestros obispos: a los que están en la brecha y a los que titubean o todavía adoptan una actitud negativa.

Importa juntar la misteriosa intimidad de nuestra fe y piedad con un decidido empeño por caminar con radicalidad en el espíritu del Evangelio, aunque con ello, de vez en cuando, tengamos que encajar algunos golpes. También los reveses pueden generar un

nuevo impulso. Como en la procesión de Echtemach: un paso atrás y, al menos, dos o tres hacia adelante.

**Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA**